

obsequio de permanecer hasta nueva orden. Mañana, por la mañana, todo estará dispuesto para vuestra partida.

Dijo, y salió del salón.

—¿Qué significa todo eso, señor Owen?— pregunté á mi excelente amigo, cuyo aspecto expresaba el abatimiento más profundo.

—Que os habéis perdido, señor Frank: hélo aquí todo. Cuando vuestro padre habla en ese tono sosegado y resuelto, cambia menos que un saldo de cuentas.

Los acontecimientos le dieron la razón.

A la madrugada siguiente, en efecto, y desde las cinco, caminaba yo, caballero en bastante buen caballo, por la vía de York, con cincuenta guineas en el bolsón, viajando, según todas las probabilidades, en busca de un sucesor para mi padre que me reemplazaría á su lado y en su afecto y que tal vez me arrebataría su fortuna.



CAPÍTULO III.

Desplegada la vela, flota del uno al otro lado; el batel, no enderezado, hace agua; medio sumergido, con incierto rumbo, va al azar; el remo se quiebra por completo y el timón está perdido.

I. GAY. — *Fábulas.*

Las divisiones de esta importante historia van separadas por medio de epígrafes á fin de cautivar la valiosa atención del lector con los atractivos de un estilo más encantador que el mio.

Así, la fábula que acabo de citar alude á un imprudente navegante que desata con denuedo una barca de sus amarras y, sin ser capaz de dirigirla, la abandona á la corriente de un gran río. Jamás estudiante alguno que, por atolondramiento ó por bravata, se lanzó á tan peligrosa aventura, sintió, sobre las rápidas olas, el horror de su situación como cuando me hallé flotando sin brújula en el océano de la vida.

La facilidad singular con que mi padre había roto el lazo que se considera el más sagrado entre cuantos unen á los miembros de una sociedad y me dejaba partir á guisa de proscrito del hogar doméstico, desvaneció la confianza en mis méritos perso-

nales que me sostuviera hasta entonces. El príncipe Encantador del cuento, ora pescador y ora hijo de rey, no podía juzgarse más degradado que yo. El egoísmo, que todo lo agranda, nos induce de tal modo á considerar como dependencia natural de nuestras personas los accesorios de que se rodea la prosperidad, que la convicción de nuestra impotencia, una vez abandonados á los propios recursos, nos llena de inesplicable mortificación.

A medida que me alejaba de Londres, el apartado toque de sus campanas reprodujo, más de una vez, en mi oído, el famoso *¡Vuelve, pues!* percibido ya por el futuro alcalde Ricardo Wittington; y cuando, desde las alturas de Highgate, contemplé la capital coronada de neblina, parecióme que abandonaba, tras de mí, la dicha, la opulencia, los encantos de la sociedad con todos los placeres de la existencia civilizada.

Pero estaba echada mi suerte. No era cuerdo esperar que una sumisión tardía y de mal género me restableciera en la situación perdida. Por el contrario: rígido é inflexible mi padre, hubiera tenido para mí más desprecio que indulgencia viéndome, tarde y por necesidad, condescender á sus deseos. Mi obstinación natural me sostenía también, á la par que, por lo bajo, representábame el orgullo la desairada situación en que aparecería yo caso de que me bastara un simple paseo fuera de Londres para disipar una resolución adoptada después de un mes de serias reflexiones.

A su vez la esperanza, que jamás desierta de los corazones jóvenes y esforzados, iluminaba con su prestigio mis nuevos proyectos. ¿Había mi padre pronunciado tan resueltamente la orden que me excluía de la familia, sin ánimo de repararla? No. Intentaba poner á prueba mi carácter. Presentándose yo paciente y firme, me granjearía más aprecio, y la consecuencia de ello no podía ser otra que una amigable conciliación en nuestras diferencias. Fijaba ya, de mi parte, las concesiones á otorgar y los artículos de nuestro convenio imaginario que debería mantener enérgicamente. El resultado de tan bellos cálculos fué que se me debía reintegrar en todos mis derechos de

familia y que el único castigo á mi indisciplina debería ser el de mostrar en lo sucesivo más obediencia.

Entre tanto, era árbitro de mi persona y saboreaba el sentimiento de independencia que todo corazón primerizo acoje con emoción de voluptuosidad mezclada de temor.

Sin estar provisto con creces, mi bolsillo bastaba para hacer frente á las necesidades y á los deseos de un viajante. Durante mi permanencia en Burdeos, habíame acostumbrado á servirme yo mismo; mi caballo era joven, lozano y vivo, y la elasticidad de mi carácter pudo muy luego más que las visiones melancólicas que me habían asediado al partir.

No me hubiera disgustado, empero, el andar camino por uno que hubiese ofrecido más alimento á la curiosidad ó, á lo menos, puntos de vista más interesantes. La carretera del Norte estaba entonces, y puede que lo esté hoy todavía, desprovista por completo de belleza, y creo que no existe otra región de Inglaterra que ofrezca menos objetos dignos de llamar la atención.

A pesar de la seguridad completa en mi misión, los pensamientos que cruzaban por mi espíritu no estaban ajenos á la amargura. Hasta la musa, esta franca coqueta que me había arrojado en medio de aquel país salvaje, me abandonaba á mi desgracia.

El fastidio no tardara en consumirme si, acá y allá, no hubiese tenido ocasión de cambiar algunas palabras con los viandantes que seguían dirección igual á la mía. Pero aquellos encuentros no ofrecían ni variedad ni interés. Curas de aldea, montados y trotando hácia el templo, después de una visita á sus ovejas; colonos ó ganaderos regresando de lejana feria; negociantes en comisión recorriendo la provincia para realizar créditos retrasados; de vez en cuando, un oficial del rey en busca de reclutas: tal era la gente que ponía en movimiento guarda-barreras y muchachos de mesón.

Nuestras conversaciones versaban sobre diezmos y artículos de la fe, sobre bueyes y granos, sobre mercancías sólidas y líquidas, sobre la solvencia de los tenderos: amenizado todo,

de tiempo en tiempo, por la relación de un asedio ó de una batalla de Flandes, que tal vez el narrador conocía sólo de oídas. Las historias de ladrones, tema fecundo é interesante, llenaban los vacíos, y los nombres del Colono de oro, del Bandido fantasma, de Jack Needham y de otros héroes de la *Ópera del Pelón* nos eran familiares. Oyendo tales relatos, los viandantes (como niños que se apiñan en derredor del hogar, á medida que adelanta la historia del aparecido,) acercábanse unos á otros, miraban en torno de ellos, examinaban el cebo de sus pistolas y juraban socorrerse mutuamente en caso de ataque: juramento que, á semejanza de muchas alianzas ofensivas y defensivas, se echa en olvido al menor asomo de peligro.

De cuantos individuos he visto en mi vida atormentados por terrores de ese género, un pobre señor, con quien viajé día y medio, es quien me ha solazado más.

Traía sobre su silla una pequeña maleta, al parecer muy pesada y que vigilaba con exquisito cuidado, sin perderla un instante de vista, ni confiarla al oficioso celo de los criados y mesoneros que le ofrecían encargarse de ella. Con igual prudencia sombría, esforzábase no sólo en ocultar el objeto de su viaje y el lugar de su destino, si que también la dirección que pensaba emprender al siguiente día. Nada le ponía en más aprieto que las preguntas de costumbre: «¿Hacia qué lado os encamináis? ¿En dónde pensáis hacer alto?» La idea del sitio en que hacer noche, sobre todo, le causaba la más viva desazón, pues evitaba el pasar por los solitarios evitando lo que consideraba vecindario sospechoso. En Grantham creo que no se acostó durante toda la noche, por haber visto entrar en la habitación inmediata á la suya cierto sugeto gordo y bizco, con peluca negra y traje bordado en oro deslucido.

A pesar de sus continuas alarmas, mi compañero de viaje, según todas las apariencias, era persona más que capaz de defenderse. Robusto y bien construido, la escarapela de su sombrero galoneado parecía indicar que mi hombre había servido en el ejército ó pertenecía á éste por uno ú otro concepto. Su

conversación, aunque siempre bastante vulgar, era la de un varón sesudo, mientras los terribles fantasmas que pululaban en su imaginación le daban un momento de tregua, bastando, empero, cualquier encuentro fortuito para evocarlos. Iguales aprensiones le inspiraba una cerca que un despoblado; el silbido de un pastor se convertía en señal de ladrones; el espectáculo mismo de una horca, mostrándole que la justicia acababa de enviar un malhechor al otro mundo, no dejaba de recordarle los muchos que en éste quedaban para ahorcar.

La compañía de aquel hombre convirtiérase en insoportable, á no ser por la distracción que ofrecía al decaimiento de mis solitarias reflexiones. De otra parte, algunas de las historias extraordinarias que él se complacía en recitar tenían en sí mismas cierto interés, y lo chocante de los detalles con que las adornaba ofrecíame, á veces, ocasión de divertirme á costas suyas. En sus narraciones, numerosos viajeros, destrozados por las partidas de ladrones, debían su infortunio á la imprudencia en viajar con algún extranjero de buen porte y conversación agradable, cuya compañía presagiara goce á la par de protección. ¡Como que había alegrado los sinsabores del camino con cuentos y canciones y había sabido hacer entrar en razón al mesonero, desvaneciendo las preocupaciones del adlátere! Por fin y so pretexto de tomar por el camino más corto, atravesando lugares solitarios, atraía á sus confiadas víctimas hacia alguno separado de la calzada en el fondo de horrible caverna. Allí, volviendo á desempeñar su verdadero papel, el de capitán de bandidos, daba un silbido que hacía salir súbitamente de sus escondrijos á los camaradas, quienes arrancaban á los imprudentes la bolsa y á veces la vida.

Al final de una de esas historias, cuyo relato parecía redoblar más y más las zozobras del narrador, reparé en que no dejaba de atisbarme con mirada inquieta y suspicáz, como si de pronto se creyera en la compañía de uno de aquellos peligrosos personajes que acababa de describir. No bien semejantes ideas asaltaban el espíritu de aquel ingenioso verdugo de sí propio, separábase de mí, tomaba por el otro lado de la carre-

tera, se ponía en acecho y examinaba sus armas dispuesto á huir ó á defenderse, según las circunstancias.

La desconfianza que manifestaba creíala yo pasajera y me divertía demasiado, además, para ofenderme. Y á decir verdad,



aunque me tomara, á ratos, por un bandido, no se permitía observación alguna referente á mi traje ni á mis maneras.

En aquellos tiempos se podía tener el exterior de un hombre de bien y ser todo un salteador de caminos. La división del trabajo no estaba marcada con tanta precisión como lo ha sido luégo, y la profesión del aventurero de buen tono, que esca-

moteaba el dinero jugando á la baraja ó á la pelota, aliábase con frecuencia á la del ladrón declarado que, en los eriales de Bagshot ó en los prados de Finchley, pedía la bolsa ó la vida al galante petardista, su compadre. Había, asimismo, en las costumbres cierta grosería, cierta insolencia que han disminuido mucho y hasta desaparecido. Las gentes desposeídas de recursos tenían, si no me engaño, menos repugnancia entonces que ahora á poner en juego medios criminales para reparar su fortuna.

Estaba, sin duda, muy lejano el tiempo en que el sabio Antonio Wood lamentaba la ejecución de dos bizarros y guapos chicos que fueron ahorcados, sin contemplación alguna, en Oxford, sólo porque la miseria les había obligado á exigir contribuciones en la carretera. Más lejos estábamos aún de los días del Príncipe loco y de Poins, personajes de Shakspeare. Pero era tal la extensión de los numerosos eriales sin acotar, que rodeaban las capitales, y tan ruín la población de los distritos apartados, que bien podían hallarse á menudo, en aquellos, bandidos á caballo (especie que algún día será tal vez desconocida) que trabajasen con bastante urbanidad. Parecidos á Gibbet, en *La Estratagema de los Maestrillos*, echábase de ser los mejor educados entre los viandantes y de portarse con todo el decoro apetecible en el desempeño de su oficio.

En mi situación, muchos jóvenes hubieran acabado por indignarse de veras ante una equivocación que les confundiera con los malhechores de aquella honorífica categoría. Yo, por el contrario, holgábame ora en despertar, ora en adormecer las sospechas de mi tembloroso acompañante; es decir, me complacía en barajar más y más unos sesos que la naturaleza y el miedo combinados no habían hecho muy sanos. En cuanto la franqueza de mis modales inducía á mi hombre á perfecta seguridad, bastaba una ligera referencia al objeto de su viaje ó á la clase de negocios que motivaban éste para avivar, de nuevo, su recelo.

Por ejemplo: la conversación acerca de la fuerza y celeridad comparativas de nuestras cabalgaduras, tomó el sesgo siguiente:

— ¡Oh, caballero! — exclamó mi adlátere. — En cuanto al galope, concedido; pero permitidme deciros que vuestro caballo, (bellísimo animal, lo confieso,) tiene los huesos demasiado pequeños para ser buen andarín. El trote, caballero, — añadió espoleando su bucéfalo, — el trote es la verdadera marcha de un caballo de posta, y, si estuviéramos cerca de una ciudad, apostara yo dos botellas de burdeos, efectivas en la primera posada, á que tomaría la delantera á vuestro lindo corredor en bien dispuesta vía.

— Alegráos, señor mio: — contesté; — ahí se ofrece un espacio de terreno que ni hecho de encargo.

— Hem! Hem!... — replicó alarmado. — Me he impuesto como regla de viaje, el no reventar á mi caballo entre parada y parada. ¿Quién sabe si será necesaria toda su velocidad? De otra parte, caballero, al proponeros la apuesta lo hacía bajo el supuesto de que fuera igual el peso.

— Enhorabuena. Consiento en cargar con el exceso. ¿Cuánto pesa vuestra maleta?

— ¿Mi ma... ma... leta? — tartamudeó. — ¡Pues! Poca cosa!... Una bagatela... Algunas camisas y... algunos pares de medias...

— ¡Oh! Eso en apariencia; pero, en realidad, tiene trazas de pesar mucho. Nada: van apostadas las dos botellas á que suma la diferencia cabal entre la carga de mi caballo y la del vuestro.

— Estáis en un error, caballero; os lo aseguro; estáis en grave error; — repuso, pasando al otro lado del camino, según su costumbre en las ocasiones alarmantes.

— ¡Vamos! Dispuesto estoy á correr el riesgo de la aventura: hasta apuesto diez contra uno á que, con vuestra maleta en grupa, os adelanto todavía.

Este ofrecimiento elevó al colmo el terror de mi compañero. Su nariz, color de solera de vino, debido á más de un buen vaso de burdeos ó de madera, tomó un tinte pálido y amarillento, y sus dientes rechinaron de terror. Una proposición tan resuelta y audáz evocó, al parecer, ante sus ojos á los pícaros redomados en toda la atrocidad de su cometido.

Mientras el pobre balbuceaba una respuesta, procuré que hiciera de tripas corazón hablándole de un campanario que se destacaba en el horizonte y haciéndole observar que nos encontrábamos bastante cerca de poblado para escapar del peligro de un mal encuentro: á cuyas palabras volvió á serenarse su cara, sin que dejase yo de notar que no olvidaría pronto, por su parte, una proposición tan malsonante como había sido la mía.

Esos detalles relativos al carácter de mi compañero y al modo con que lo convertía yo en juguete mio, parecerán fastidiosos; pero véome obligado á darlos porque, frívolos y todo, ejercieron gran influencia en los acontecimientos cuyo relato va á seguir.

La conducta de aquel hombre no me inspiró, por entonces, más que desprecio, confirmándome en la opinión de que, entre todas las inclinaciones que mueven á nuestros semejantes á atormentarse, no hay otra más rebelde, más lastimosa ni más miserable que la cobardía.

